

Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá

Apuro-pe mante

Como llovía tenazmente desde el amanecer, los peones no salieron esa mañana a trabajar. Era una lluvia fría y espesa, que desvanecía el paisaje y transformaba la vasta llanura de Nú-Guazú en un denso barrial cruzado de fingidos arroyos por donde pasaban los senderos. En el suelo de la cocina ardía un buen fuego sobre cuyas brasas humeaba una olla de hierro, de tres patas, en la que se cocinaba un succulento loco que constituiría la comida de medio día. La mujer del capataz, una vieja flaca y callada, atendía la olla y cebaba, a la par, el mate que pasaba de mano en mano. Los hombres lo sorbían en silencio, sentados en cuclillas alrededor del fuego, friolentemente envueltos en los gruesos ponchos.

Una chiquilla asaba entre las cenizas unos *chipá-cabure*⁽²⁰⁾, mientras que otras criaturas, asosegadas por el frío, seguían con interés, pregustando [114] el manjar, el bullicioso proceso de la cocción. En un descuido de la que asaba las chipas, a la que el espeso y acre humo de la leña le ofendía los ojos, uno de los arrapiezos extendió rápidamente la mano con la intención de apoderarse de una torta. Pero fue tan apresurado el movimiento que, en lugar de la golosina, sólo logró coger una brasa. Chillando de dolor arrojó el ascua.

-¡*Che gustá, ne mondá jhagiie rejhé!*⁽²¹⁾ -dijo la chicuela complacida con el castigo que el fuego aplicara al hurtador.

El incidente animó, con los comentarios que provocó en grandes y chicos, la reunión hasta entonces silenciosa. Trenzáronse los pequeños en bullanguera pelea hasta que la capataza le puso fin repartiendo unos mojicones entre ellos y amenazándolos con privarlos de su ración de chipa. Los mayores empezaron a cruzarse bromas llenas de intención.

Afuera, el día empezaba a aclararse un tanto. El pesado manto de lluvia se convertía en gasa traslúcida que el viento agitaba en largos desgarrones sobre la llanura triste y gris. El camino carretero, en el que las ruedas de las carretas cavaron hondas zanjas a la sazón convertidas en pegajosos y turbios arroyuelos, se perdía a lo lejos en el plomizo horizonte.

Allá, muy lejos, una carreta avanzaba lenta y penosamente.

-Allá viene don «Pachico» -dijo uno de los [115] peones después de un breve momento de observación. Y agregó:

-¡Qué frío debe de traer encima!

La silueta lejana del carretero aparecía en la bruma, azotada por la lluvia y golpeada por el helado viento sur. A falta de otro espectáculo, todos los hombres se asomaron a la puerta del rancho a contemplar la carreta.

Pasó un largo rato. La lluvia cesó y se oyó el chirriar cercano de las ruedas que giraban con trabajo.

-*Sandía-í carreta carayá novena*⁽²²⁾ -dijo uno de los chicos aplicando el dicho popular con que se ridiculiza a esas carretas cuyo chirrido es muy fuerte.

-Veremos cómo pasa el arroyo -dijo alguien al ver que el habitual hilillo de agua que atravesaba el camino, casi frente a la tranquera, se había convertido, con el aporte de la lluvia, en un arroyo ancho y cuyo turbio caudal corría murmurando.

La carreta llegó, al fin, al arroyo; los bueyes, cansados ya después de largo bregar a lo largo del camino, no pudieron tirar más; las ruedas se hundieron profundamente en el fangal. El carretero, fuera de sí, azuzaba a las bestias con gritos estridentes y fuertes picanazos.

Pero ni aún así los bueyes, cuyos lomos enrojecían de sangre derramada por los picanazos, consiguieron [116] sacar adelante la carreta. El capataz, viendo aquello, salió del rancho seguido de los peones.

-*Tesá reí co na poiha vaí...* (los ojos solos no remedian nada...) -Y entre todos, el capataz, los carreteros y los peones, empujaron la carreta sin lograr hacerla zafar.

-Esto es un perfecto *carugúa*⁽²³⁾ -dijo el carretero-: no sé cómo voy a llegar a casa donde me esperan con apuro porque mi china necesita ya unos remedios que le llevo.

Repitieron el esfuerzo colectivo, acompañado de gritos y denuestos contra los bueyes, para hacer salir la carreta del atasco, pero nada, nada... El capataz se golpeó entonces la frente como recordando algo. Decidido, encaminose corriendo a la cocina, descolgó varias espigas de maíz que pendían del techo y, quitando toda la chala seca que las cubría, volvió con un haz de ella en una mano y un tizón en otra.

-Esperen -dijo- ahora veremos si estos «paranadas»⁽²⁴⁾ son capaces de hacer o no lo que deben.

Esparció la chala seca y crujiente en torno de los bueyes, encerrando así a éstos en un círculo, y la hizo arder en seguida, aplicándole el tizón. Como la lluvia había cesado, la chala ardió fácilmente y los bueyes quedaron envueltos en la llamarada fugaz. Enloquecidas de espanto las bestias, pegaron un bote formidable al sentir el ardor de las llamas y la carreta salió así de donde tanto tiempo estuviera empantanada. [117]

El capataz al ver correr a los bueyes tirando de la carreta, dio un «¡hípuuuu!» de triunfo y riendo de buena gana volvió a los peones.

-Igual, completamente igual -comentó- al caso que le pasó a ña Facunda cuando se libró del tigre.

Como volviera a llover, marcharon todos a la cocina, y una vez reunidos, pidieron al capataz que contara el caso de ña Facunda. El requerido se acomodó bien, fumó largamente su cigarro, excitó la curiosidad de sus oyentes con un largo silencio, sonriendo y empezó así:

-Hace ya muchos años, era yo muy pequeño, nuestro valle estaba atemorizado por la presencia de un tigre cebado. En cada una de sus frecuentes irrupciones hacía presa ya de un ternero, ya de una oveja. Y lo peor, llegó a ser que hasta dos chiquillos que se bañaban en el Itaó, cayeron en sus garras. Los mozos más guapos del valle pusieron de acuerdo para darle caza y varias veces lo intentaron en batidas que resultaron infructuosas por la viveza del tigre. Y ocurrió que una tardecita, en el camino del monte, en un lugar muy solitario y desierto, una vieja que se había rezagado recogiendo leña oyó de pronto el rugido de la fiera. El camino se estrechaba en una angostísima picada: a la derecha se alzaba el bosque espeso, tupido, impenetrable, y a la izquierda un *caraguataty*⁽²⁵⁾ extensísimo y muy desarrollado por estar en un estero. [118]

Helada de espanto al oír el rugido, la vieja detúvose bañada en sudor y dejó caer el haz de leña que llevaba en la cabeza. Se volvió y por su mismo camino vio al tigre que avanzaba despacio, seguro de su débil presa. Un grito ahogado se escapó del pecho de la infeliz:

-¡Socorro! ¡Socorro!

Sólo el eco le contestó en aquella soledad. Pensó en treparse a un árbol pero no tardó un segundo en darse cuenta de lo ilusorio de su pensamiento. Seguir camino adelante, valía tanto como ofrecerse a la voracidad del tigre. Y entonces, en su desesperación, el caraguatal se le ofreció como su única salvación.

Parecía inaccesible ese entrevisto refugio: las largas hojas, fuertes, tensas, llenas de púas, terminadas en agudísimas espinas, parecían puñales dispuestos agresivamente para impedir el paso. Pero el miedo era tan grande y las fauces de la fiera abiertas codiciosamente le representaban tan inexorablemente la idea de la muerte, que ña Facunda cerró los ojos y se decidió.

-¡Señora Santa Librada, «*che socorremi me*»!

Y atropelló el caraguatal. Dando saltos con todas sus fuerzas consiguió internarse y cuando el tigre llegó, se encontró atajado por la espesura de las hojas espinosas. Las ropas de ña Facunda quedaron desgarradas y sus carnes laceradas y sangrantes; pero ella nada sintió en el terror del apuro. [119]

La fiera, sorprendida, se detuvo; miró a la que estuvo a punto de ser su víctima, midió atentamente el obstáculo que tenía entre sí y pareció razonar el peligro a que se exponía, si afrontaba el caraguatal. Observó largamente a la vieja; pareció aquilatar el valor de su cuerpo entero, y dando un rugido espantoso se alejó por el camino diciendo seguramente para su coletto: «Esa vieja es más bruta que yo y sus carnes no valen la pena...»

El capataz se detuvo al llegar a este punto de su narración; el auditorio estaba pendiente de sus labios.

-«*Jha upei?*» (¿y después?)

Naturalmente, doña Facunda no pudo salir más del caraguatal en el que pasó una noche de angustia, rezando a gritos y pidiendo clamorosamente un auxilio que en aquella soledad nadie podía llevarle. De cuando en cuando intentaba salir, pero el menor movimiento hacía que las espinas se le hincasen en las carnes. Cuando intentaba dar un paso, en el suelo lleno de ojos traidores de *carugúa*, los pies se le hundían y toda ella se sentía como absorbida por un pulpo gigantesco.

Al día siguiente, muy temprano, el esposo de ña Facunda salió a buscarla. Avanzando por el mismo camino que ella llevara, llegó hasta el caraguatal y allí encontró a la infeliz.

-*Jesú che señorá!* ¿Cómo conseguiste meterte allí?

Le parecía al buen hombre imposible lo que sus ojos veían e insistía afanoso. [120]

-Pero ¿qué te pasó para estar ahí?

Ella, agotada por el insomnio, el dolor y el miedo, no atinaba a hablar. Sólo después de un largo rato dijo:

-Creo que ni soy yo al verme acá y pensar en el peligro que corrí; pero te aseguro que tú hubieras hecho lo mismo teniendo ante tu vista un tigre, como lo tuve yo.

-¡El tigre! ¿Cómo fue eso? ¿Cómo venías por este camino que no es el tuyo habitual?

-No es el momento de contarlo. Sácame puesto que aquí ya no puedo más.

Lo procuraré -dijo él con desaliento-, pero ¡jhá apuro pe guá!⁽²⁶⁾

Mientras hablaba, el hombre se dedicaba a cortar *caraguatás* con su machete para abrirse camino. Cortó muchos, muchísimos, no sin sufrir otros tantos pinchazos, pero las hojas parecían multiplicarse al infinito y cuantas más cortaba, más espeso creía ver el caraguatal.

Bregó así, durante horas, silencioso y tenaz, hasta que encontró un obstáculo que ya no provenía de las púas bravías del hirsuto caraguatal: era el *caruguá* traidor y peligroso, que aparecía a su vista debajo de la maraña de hojas espinosas que había conseguido despejar.

-¡El *caruguá*! -dijo con miedo; pero a pesar de todo trató de aventurarse en él. Anduvo unos poquísimos pasos sobre los troncos removidos de los [121] *caraguata-í* cortados y siguió segando con empeño; pero pronto notó, con desalentada impotencia, que los troncos removidos no lo sostenían. Hundíanse sus pies en el cieno que parecía querer tragarlo como una boca ávida. La anciana echó de ver que su compañero se hundía y se lo hizo advertir con las pocas fuerzas que en su desfallecimiento le restaban:

-¡Que te hundes! ¡Que te hundes! ¡Basta ya, vuélvete!

Se detuvo él y con terror vio que estaba metido hasta cerca de las rodillas. Al menor esfuerzo de cortar las hojas le apremiaba la succión del pantano y un enjambre de víboras sorprendidas en sus nidos se remolinaban en torno suyo.

Entonces hizo él un violento esfuerzo y consiguió afirmarse. Soltó el machete. Jadeante y mirando tristemente su inútil trabajo, bajó la cabeza pensando con tortura en el medio de salvar a su mujer.

Y tal medio se le ocurrió al fin, pero en la forma de los recursos violentos, heroicos y supremos.

-Bueno -se dijo- *japuro mante o-sé yebyne!*⁽²⁷⁾ Vuelvo enseguida, che vieja; voy en busca de «refuerzos».

Alejose unos pasos y cuando su mujer no podía ver lo que hacía, sacó fósforos, buscó unas hojas secas que le sirvieran a manera de tizón y prendió fuego al caraguatal.

Bien pronto las llamas cundieron y formaron un cerco amenazador. Sintió ña Facunda el calor abrasante [122] del «fuego y el golpe de una ráfaga de humo. El terror de morir presa del incendio la hizo estremecerse como bajo un latigazo. Azuzada por un espanto máximo, ciega y loca, sacó fuerzas de flaqueza y dando saltos desesperados, tal como si una fuerza misteriosa la levantara, corrió, corrió, saliendo del caraguatal... Llegar al camino y caer desvanecida por el esfuerzo y la reciente angustia, todo fue uno...

El viejo volvió a su lado y la reanimó, no sin mucho trabajo, rociándole el rostro con agua fresca del arroyo cercano. Y luego cuando ella abrió los ojos, le dijo con malicia sentenciosa:

-¿Viste? Entraste con apuro y sólo con apuro pudiste salir.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

